

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

CAPÍTULO X^{po}. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cuando Cándido llegó á Eldorado, vió en la calle algunos chicos que jugaban con grandes piritas de oro en lugar de piedras. Este lujo le hizo creer que fueran hijos de rey, y no fué menor su admiración cuando supo que en Eldorado las piritas de oro son tan comunes como los guijarros entre nosotros, y que juegan con ellas los muchachos de la escuela. Un amigo mío, extranjero, se encontró con algo parecido cuando fué á Alemania, y leyó por vez primera libros alemanes, pues se admiró mucho de la riqueza de ideas que encontró en ellos; pero pronto notó que son tan abundantes las ideas en Alemania como las piritas de oro en Eldorado, y que los escritores que consideró príncipes del ingenio, no eran más que vulgares chiquillos de escuela.

Siempre recuerdo esta anécdota, cuando me entran ganas de escribir las más bellas reflexiones acerca del arte y de la vida, y entonces me rio y prefiero guardar mis pensamientos en la pluma, ó rasqueo en su lugar algún retrato ó figurilla sobre el papel y me persuado de que semejante tapiz es en Alemania, Eldorado intelectual, más útil que los más dorados pensamientos (1).

(1) La versión francesa modifica casi el fin de este párrafo.....:

En el tapiz que voy á mostrarte ahora, querido lector, volverás á ver los bien conocidos semblantes de Gumpelino y su Hirsch-Jacinto, y aunque esté presentado aquél con menos determinados rasgos, espero, no obstante, que serás suficientemente perspicuo para reconocer un carácter negativo sin contornos demasiado acusados. El haberlo dibujado de otro modo, pudiera haberme ocasionado un proceso por injuria, ó tal vez alguna cosa de más trascendencia (1). Pues el Marqués es poderoso por su dinero y sus relaciones. Al mismo tiempo es el natural aliado de mis enemigos, los protege con subsidios, es aristócrata, ultra-papista, no le falta más..., pero esto puede llegar á aprenderlo..., y para ello tiene el libro en la mano, como verás en este tapiz.

Otra vez está anocheciendo; sobre la mesa hay dos candelabros con bujías de cera encendidas; su resplandor juega sobre los dorados marcos de las imágenes de santos que penden de la pared, y á su vacilante luz y móviles sombras parecen cobrar vida. A la parte de afuera, ante la ventana, se yerguen á la luz argentada de la luna, misteriosos é inmóviles, los sombríos cipreses, y á lo lejos resuena un triste canto dedicado á la Virgen María, con entrecortados acentos, como emitidos por la voz de un niño enfermo. Reina en la habitación un calor sofocante *sui generis*, el marqués *Cristoforo di Gumpel-*

en Alemania, Eldorado de ideas más ó menos ociosas y á veces de un dorado intelectual muy equivoco.

(1) Aquí la versión francesa da un corte y pasa al párrafo siguiente.

lino, está sentado, ó más bien reclinado perezosa y elegantemente sobre los cojines del sofá, su noble y sudoroso cuerpo está cubierto aún con el ligero dominó de seda azul, tiene en las manos un libro encuadernado en tafíete rojo con adornos en oro, y declama en voz alta y lánguida. Sus ojos tienen en este momento cierto brillo húmedo, que suele ser propio de los gatos enamorados, y sus mejillas y hasta las dos alas de su nariz, tienen cierta palidez enfermiza. No obstante, querido lector, esta palidez puede explicarse filosófica y antropológicamente, si se piensa que el Marqués se había tomado la tarde anterior todo un vaso de sal de Glauber.

Pero Hirsch-Jacinto estaba inclinado sobre el piso de la habitación, y con un gran trozo de tiza blanca dibujaba sin duda en grande escala, sobre el bruído pavimento los siguientes caracteres:

(1).

Esta ocupación parece ser bastante molesta para el hombrecillo, que desalentado cada vez que se pone como

(1) En la versión francesa es otra la combinación métrica, así:

un puente, murmura con mal humor: spondeo, troqueo, yambo, dactilo, anapesto y.... ¡la peste! Queriendo moverse con más comodidad, se despoja del rojo sobretodo y aparecen dos cortas y modestas piernas dentro de unos estrechos calzones de color escarlata, y dos brazos algo largos y demacrados en blancas y flotantes mangas de camisa.

—¿Qué son estas extrañas figuras?—le pregunté, después de contemplar un rato su trabajo.

—Son pies de tamaño natural—sollozó él por respuesta—yo, infeliz de mí, tengo que meterme estos pies en la cabeza, y ya me duelen las manos de tantos pies como he tenido que escribir. Son los verdaderos y propios pies de la poesía. Si no fuera por mi civilización echaría á paseo á la poesía con todos sus pies. Estoy dando lección particular de arte poética con el señor Marqués. El señor Marqués me lee antes los versos y me explica de cuántos pies constan (1), y yo tengo que anotarlos y contar si el verso está completo.

—Nos encuentra usted—dijo el Marqués, en tono didáctico y patético—realmente en una ocupación artística. Sé bien, doctor, que usted pertenece á esos poetas que tienen la cabeza testaruda, y no quieren ver que los pies son lo principal en la poesía. Pero una sensibilidad cultivada, sólo se encanta ante el pulimento de la forma, y esto sólo lo podemos aprender en los griegos y en los poetas modernos que se inclinan á los griegos, piensan

(1) En la v. fr. *Sobre cuantos pies van.*

en griego, sienten en griego, y en esta forma comunican sus sentimientos á los hombres.

—Claro, á los hombres, no á las mujeres, como lo suele hacer un poeta romántico y nada clásico, observó mi humilde persona (1).

El señor Gumpel habla á veces como un libro, me dijo en voz baja Jacinto por su parte, apretando sus delgados labios, guiñando sus ojillos con orgullosa satisfacción y sacudiendo su extrañísima cabecita. Digo á usted—añadió algo más alto—que habla á veces como un libro, y entonces ya no es un hombre, por decirlo así, si no un ser superior, y yo me hago más bestia cuanto más le escucho.

—¿Y qué tiene usted ahora en las manos? pregunté al Marqués.

—¡Brillantes!—contestó, alargándome el libro (2).

Al oír la palabra «brillantes» dió Jacinto un salto; pero al ver tan sólo un libro sonrió mirándole compasivamente. Pero el brillante libro llevaba en su primera hoja el título siguiente (3):

«Poesías de Augusto, Conde de Platen, Stuttgart y Tubinga.—Librería y casa editorial de J. G. Cotta, 1828 (4).»

(1) Esta contestación ha sido suprimida en la versión francesa.

(2) La versión francesa dice: *perlas*.

(3) La versión francesa dice: *Este collar de perlas llevaba por título*.

(4) Sustituido en la versión francesa por esta: *Poesías del conde Ramler, el menor, Stuttgart, 1828. En casa de Cotta.*

A la vuelta llevaba esta tierna inscripción (1):
«Presente de fervorosa y fraternal amistad.»

Al mismo tiempo trascendía el libro á ese extraño perfume que nada tiene que ver, ni mucho menos, con el agua de colonia, y acaso por esta circunstancia se podía calcular que el Marqués le había estado leyendo por la noche.

—No he podido pegar los ojos en toda la noche—me dijo quejumbrosamente.—Estaba tan agitado, que tuve que levantarme del lecho unas once veces, más, por fortuna, tenía á mi disposición esta excelente lectura, en la que no sólo encontré instrucción poética, sino también consuelos para la vida. Ya ve usted lo mucho que estimo el libro, puesto que no le falta una sola hoja, y, no obstante, cuando me sentaba, como me sentaba, tuve muchas veces tentaciones..... (2).

—A muchos les pasará lo mismo, señor Marqués.

—Juro á usted por Nuestra Señora de Loreto, y tan cierto como que soy un hombre honrado—continuó—que estas poesías no tienen igual. Yo estaba ayer tarde, como sabe usted, desesperado; es decir, *au désespoir*, cuando el hado no me permitía poseer á mi Julia; entonces lei estas poesías, si bien á cada verso tenía que

(1) La versión francesa suprime esta línea, la siguiente y el párrafo que va á continuación.

(2) Falta en la versión francesa el último inciso, y la replica siguiente dice así:

—Seguro estoy, señor Marqués, de que no han tenido todos las mismas consideraciones con ese libro.

levantarme, y tal indiferencia me inculcaron respecto á las mujeres, que me llegué á poner en contra de mi propio dolor amoroso. Esto es precisamente lo bello de este poeta, que él solamente se enciende por los hombres en ardiente amistad; nos da la preferencia sobre el sexo femenino, y debemos estarle agradecidos por semejante honor (1). En esto es más grande que todos los demás poetas y no adula el gusto vulgar de las muchedumbres; él nos cura de nuestra pasión hacia las mujeres, que nos causa tantas desventuras. ¡Oh mujeres, mujeres! el que nos libra de vuestros lazos es un bienhechor de la humanidad! (2). Es una eterna lástima que Shakespeare no haya utilizado para esto su eminente talento dramático, pues según he leído hace poco, no debe haber sentido con menos grandeza que el gran conde Platen, quien en su soneto á Shakespeare, dice:

«No turbó la mujer nunca tu sueño,
Sólo por la amistad valiente luchas:
Por el amigo á la mujer no escuchas,
Su belleza es tu gloria y es tu ensueño» (3).

(1) Este punto es sustituido en la versión francesa por: *La belleza propia de este poeta, es que comprende, sobre todo, la amistad.*

(2) La versión francesa da un corte desde, *bienhechor de la humanidad*, hasta el párrafo que comienza: *Debo asegurar, etc.*

(3) La vaguedad del cuarto verso es del original que dice: *Und seine Schönheit ist dein Ruhm und Kummer.* Parece que el poeta quiere decir, *la belleza de la amistad.*

Mientras el Marqués declamaba estas frases con tal vehemencia, y el resbaladizo estiércol se le iba disolviendo en la lengua, hacía Jacinto los gestos más contradictorios, ya de mal humor, ya de asentimiento, y dijo por último:

—Señor Marqués, habla usted como un libro, y hasta esos versos van tan ligeros como usted lo ha estado esta noche, pero no me agrada su contenido. Me halaga como hombre que el conde Platen nos prefiera á las mujeres, pero como amigo de las mujeres soy opuesto á semejante señor. ¡Así es el hombre! Al uno le gusta la cebolla, en el otro predomina el sentimiento de la ardiente amistad, y yo, como hombre honrado, debo confesar que me gusta la cebolla, y que prefiero una destartalada cocinera á lo más hermoso de la hermosura del amigo. Sí, debo confesarlo, no veo tanta belleza en el sexo masculino para que se le deba preferir.

Estas últimas palabras las dijo Jacinto mirándose detenidamente al espejo; pero el Marqués, sin perturbarse lo más mínimo, siguió declamando:

*«Der Hoffnung Schaumgebäude bricht zusammen,
Wir mühen uns, ach! und kommen nicht zusammen;
Mein Name klingt aus deinem Mund melodisch,
Doch reihst du selten dies Gedicht zusammen;
Wie Sonn' und Mond uns stets getrennt zu halten,
Verschworen Sitte sich und Pflicht zusammen,
Lass Haupt an Haupt uns lehnen, denn es taugen
Dein dunkles Haar, mein hell Gesicht zusammen!*

*Doch ach! ich träume, denn du ziehst von hinnen,
Eh' noch das Glück uns brachte dicht zusammen!
Die Seelen bluten, da getrennt die Leiber,
O wären 's Blumen, die man flicht zusammen! (1).*

(1) Siendo imposible reproducir en castellano el defecto que en estos versos se censura, hemos optado por dejarlos en su original, acompañando las aclaraciones necesarias y dando, por fin, su versión castellana para que, una vez enterado el lector de lo que se refiere á la forma, pueda apreciar también el fondo.

Como el Sr. Gumpel ha calificado las poesías de que se trata, de un dechado de perfección en la forma, el maligno Heine cita este trozo donde, lejos de haber tal perfección, siete de los doce versos terminan en la partícula *zusammen* (que significa *reunión* en el espacio ó en el tiempo, en sentido recto y figurado), según en el texto puede verse: en el verso 1.º, *bricht zusammen* (se deshace); en el 2.º, *kommen (nicht) zusammen* (no) (nos encontramos); en el 4.º, *reihst..... zusammen* (recorres en conjunto); en el 6.º, *Verschworen..... zusammen* (conspiran uno contra otro, á la vez); en el 8.º y 9.º, *taugen..... zusammen* (armonizan, convienen uno con otro); en el 10.º, *brachte..... zusammen* (nos reuna) repetición del primero en otro tiempo; y en el 12.º, *flicht zusammen* (se entrelazan); á lo que viene todavía á añadirse el que los versos 5.º, 7.º y 9.º, terminan en la sílaba *en* y el undécimo en *er*, escapando sólo á esta sucesión casi monorríma el segundo verso.

Lo censurable aquí no es que un verso termine en *zusammen* ni en otra partícula, pues esto, que en castellano sería muy malo, por no ser una partícula palabra de importancia para finalizar un verso, no puede aplicarse á las lenguas germánicas, cuyas partículas componentes de verbos van pospuestas á ellos, generalmente al fin de la frase, dándoles esto gran importancia, como que son las únicas que resuelven el enigma de la significación del verbo, colocado á veces mucho antes; y he aquí explicada la imposibilidad de la traducción de los verbos anteriores con su capital defecto de forma, que es la monótona repetición final de una misma partícula, que en castellano se

—¡Vaya una poesía cómica—exclamó Jacinto, que iba repitiendo por lo bajo las rimas,—*Sitte sich und Pflicht zusammen, Gesicht zusammen, dicht zusammen, flicht zusammen!* ¡Qué poesía tan cómica! Mi cuñado, cuando lee poesías, hace con frecuencia la siguiente gracia, que consiste en añadir alternativamente al principio y al fin de cada línea las palabras «comienza» (*von vorn*) y «acaba» (*von ninter*), pero jamás tuve noticia de que las poesías que consisten en esto se llamasen Gacelas. Era cosa de probar á ver si la poesía que ha declamado el señor Marqués se embellecía aun más añadiéndole siempre, trás de la palabra *zusammen, von vorn* y *von hinter*. Seguro es que la composición gana así un veinte por ciento de energía.

Sin hacer caso de esta charla, seguía el Marqués declamando gacelas y sonetos, en que el amante canta la

prefija á su verbo, y tiene que desaparecer del sitio que desgraciadamente ocupa en alemán.

He aquí ahora su fiel versión castellana :

«La esperanza en espuma se deshace,
Nos buscamos, mas ¡ay! sin encontrarnos;
Mi nombre entre tus labios dulce suena,
Mas rara vez recorres estos versos;
Cual luna y sol van siempre separados,
Contra el deber conspira la costumbre;
¡Unamos las cabezas que armoniza
Tu obscuro pelo con mi claro rostro!
Mas ¡ay! deliro, ¡pues de mí te alejas
Antes de que la dicha bien nos una!
¡Sangran las almas, húyense los cuerpos:
Fuéramos flores que entre sí se enlazan!

belleza de su amigo, le elogia, se queja de él, le culpa de frialdad, le adula bajamente á fin de captársele, le hace guiños, le da celos, y muerto de amor le canta toda una escala de ternezas; pero tan ardientes, tan tentadoras y aduladoras, que podría uno creer que el autor fuera una muchacha loca de amor por un hombre. Sólo que, en este caso, sería extraño hasta cierto punto, que la muchacha se lamentara continuamente de que «su amor es contrario á las costumbres» cuando «contra estas costumbres separatistas» está ella tan mal dispuesta, como los pica-bolsas contra la policía; que quisiera estrechar amorosa «la región lumbal» del amigo, y «llena de deseos» se lamenta «de una unión artera para después rechazarnos y apartándonos», y que después de tan mortal enfermedad se queje de parte del amigo, á quien asegura, que sólo quiere mirarle á hurtadillas y prometerle «una sílaba no que su oído aterre», y al fin confiesa :

«¡Contradice á los de otros mi deseo;
Jamás oyeras tal, mas rechazarme
Tampoco sabrás tú, dulce bien mío!»

Debo testificar, que el Marqués recitó bien estas poesías, exhalando prolongados suspiros, sollozando, y que deslizándose de un lado á otro en el sofá, coqueteaba hasta con la parte posterior (1). Jacinto, sin descuidarse

(1) Aquí, la versión francesa, traduce: *suspiró, en los buenos pasajes puso lánguidas actitudes y todas las coqueterías imaginables.*

un instante, siguió repitiendo las rimas y entremezclando, sin que nadie le hiciera caso, sus observaciones. Pero á lo que más prestaba atención era á las odas.

—En éstas—decía él—hay mucho más que aprender que en los sonetos y *gacelas*, pues en las odas van impresos detalladamente á la cabeza los pies de que constan, y así se pueden contar cómodamente en cada una de ellas. Todos los poetas debían, como el conde de Platen, imprimir los pies al frente de sus poesías de más difíciles versos, y decir á las gentes: ved, soy un hombre honrado, no quiero engañaros, estas líneas curvas y rectas que pongo á la cabeza de cada poesía, son, por decirlo así, un *conto finto* de cada pieza, y podéis calcular cuánto trabajo me ha costado; son, por decirlo así, la vara de medir de cada verso, podéis volver á medir, y si falta una sola sílaba, llamarme bribón, tan cierto como que soy un hombre honrado. Pero precisamente, á favor de este honrado aspecto, es como se engaña al público. Precisamente, cuando están consignados los pies á la cabeza de la poesía, piensa uno: no quiero ser hombre desconfiado. ¿A qué voy á contar, cuando ya lo ha hecho el autor? Es seguro que es un hombre honrado. No se cuenta y le engañan á uno. ¿Y puede uno contar siempre? Ahora estamos en Italia, y aquí tengo tiempo para escribir con tiza en el suelo los pies, y comprobar cada una de las odas. Pero en Hamburgo, donde tengo mis quehaceres (1), me falta tiempo

(1) La versión francesa, *mi establecimiento*.

para ello, y tengo que fiarme del conde Platen sin comprobación, como se fia uno de los saquillos de dinero de la caja corriente, que llevan escrito encima cuántos centenares de thalers contienen, y así pasan sellados de mano en mano, unos se fian de otros, creyendo que contienen la cantidad que llevan consignada, y ocurre, por ejemplo, que un ocioso, que nada tiene que hacer, abre un saquillo, recuenta, y se encuentra con un par de thalers menos: así se hacen también en la poesía muchas bribonadas. Especialmente, cuando pienso en los saquillos de dinero, me hago desconfiado, pues mi cuñado me contó que, en el correccional de Odenstee, cierto individuo que estaba empleado en Correos (1), abría el picaro los saquillos de dinero que llegaban á sus manos, y sustraía el dinero, volviendo á coserlos diestramente para expedirlos después al punto. Cuando se oyen tales cosas, se pierde la fe en los hombres y se hace uno desconfiado. Se hacen ahora muchas bribonadas en el mundo, y seguramente se hacen en la poesía, como en todos los demás negocios.

—La honradez—siguió Jacinto mientras el Marqués continuaba declamando, sin hacer caso de nosotros, completamente absorto en sus sentimientos—la honradez, señor Doctor, es lo principal, y al que no es un hombre honrado le considero como un bribón, y al que considero como un bribón no le compro nada, ni leo nada suyo, en fin, no hago ningún negocio con él. Soy un

(1) *Bei der Post*, la versión francesa dice *à son poste*.

hombre, señor Doctor, que no se alaba de nada, pero podía alabarme de algo, podría alabarme de ser un hombre honrado. Voy á contarle á usted un rasgo de nobleza mío, que le va á usted á asombrar, digo á usted que le va á asombrar, tan cierto como soy un hombre honrado. Vivía en Hamburgo, en el *Speersort*, un hombre que es vendedor de hortalizas (1), llamado Klötzchen (2), es decir, á quien yo llamo Klötzchen, porque somos buenos amigos, para los demás se llama el señor Klotz. Su señora, á quien llamaré Mad. Klotz, no podía sufrir que su marido jugara en mi colecta, no podía yo ir á su casa con el billete de lotería, y él me decía siempre en la calle: «Quiero jugar tal ó cual número en tu casa, aquí tienes el dinero, Hirsch.» Y entonces le decía yo: ¡Bien, Klötzchen! Me iba á mi casa, ponía el número apartado para él bajo un sobre, y escribía encima en letra alemana: «A la cuenta del Sr. Cristián Enrique Klotz.» Y ahora, oiga usted y admírese:

Era un hermoso día de primavera, los árboles de junto á la Bolsa estaban verdes, los céfiros soplaban agradablemente, y el sol brillaba en el cielo: yo estaba en el Banco de Hamburgo. Llegó entonces Klötzchen, mi Klötzchen, trayendo del brazo á su gruesa Mad. Klotz; saludame primero, y habla de la divina pompa de la primavera, hace algunas patrióticas observaciones acerca

(2) La versión francesa, *fruitier-épicier*.

(3) La versión francesa dice: *Bûchette*; traducción de la palabra alemana, *Zoquéttillo*; diminutivo de *Bûche*, como *Klötzchen* de *Klotz*, zoquete.

de la Guardia nacional, me pregunta cómo van los negocios; le refiero que algunas horas antes han puesto á uno en la argolla, y, ya en conversación, me dice: «Ayer noche soñé que le va á tocar el premio grande al número 1538.» Y en el mismo momento, mientras Mad. Klotz contempla las estatuas de los emperadores que hay delante de la Casa Ayuntamiento, me desliza en la mano trece luises de oro legítimos. Me parece sentirlos todavía. Y antes que Mad. Klotz se vuelva, le digo: ¡bien, Klötzchen! y me marchó. Me voy directamente, sin mirar en torno mío, á la colecta principal y tomo el número 1538, le pongo en un sobre, me voy al punto á casa, y escribo en el sobre: «A cuenta del Sr. Cristián Enrique Klotz.» ¿Y qué hace Dios? Catorce días después, para poner á prueba mi honradez, hace que salga el número 1538 con una ganancia de 50.000 marcos. ¿Pero qué hace Hirsch, el mismo Hirsch que ahora tiene usted delante? Este Hirsch se pone una camiseta blanca y limpia, y una limpia corbata blanca; toma un fiacre y se dirige á la colecta principal á cobrar sus 50.000 marcos, y se va con ellos hacia *Speersort*. Cuando me ve Klotzchen, pregunta: Hirsch, ¿por qué vas hoy tan elegante? Pero yo no le contesto palabra; pongo un gran saco de sorpresa con oro sobre la mesa, y le digo con toda solemnidad: Sr. Cristián Enrique Klotz, el número 1538, que ha tenido usted la bondad de jugar en mi casa, ha tenido la dicha de ganar 50.000 marcos. En este saquillo tengo el honor de presentar á usted el dinero, y me tomo la libertad de pedir á usted recibo.

Así que Klötzchen oye esto, comienza á llorar; cuando Mad. Klotz oye la historia, rompe á llorar; la rubicunda criada, llora; el mancebo cojo de la tienda, llora; los niños, lloran; y yo, que soy un hombre sensible, no puedo llorar, caigo primero sin sentido; y sólo, después de volver en mí, cayó de mis ojos un torrente de lágrimas: estuve llorando tres horas.

La voz del hombrecillo temblaba al hacer la narración. Sacó solemnemente de su bolsillo el paquetito ya citado, desenvolvió el tafetán color rosa desvahido y me mostró el recibo en que Christián Enrique Klotz firmaba haber recibido exactamente los 50.000 marcos.

Cuando yo muera—dijo Jacinto con lágrimas en los ojos—me enterrarán con este documento, y cuando allá arriba, el día del Juicio, tenga que ir á dar cuenta de mis actos, me adelantaré con él en la mano hasta la silla del Todopoderoso, y así que mi ángel malo haya leído las malas acciones que en este mundo he realizado, y mi ángel bueno se disponga á leer también la lista de mis buenas acciones, diré yo tranquilo:

¡Calla, sólo quiero saber si está bien este recibo, si es ésta la firma de Christián Enrique Klotz. Entonces vendrá volando un angelito muy pequeño, que conoce perfectamente la letra de Klötzchen, y referirá al punto la notable historia de la honradez con que obré aquel día. Pero el Creador de la Eternidad, el que todo lo sabe, el Omnisciente, se acuerda de esta historia y me alaba en presencia del sol, la luna y las estrellas, echa la cuenta de memoria, y después de haber restado mis ma-

las acciones, de los 50.000 marcos de honradez, aún queda un saldo á mi favor, y entonces dice:—Hirsch, te nombro ángel de primera clase, llevarás alas con plumas rojas y blancas (1).

(1) Aquí terminan los Baños de Lucca en la versión francesa, que suprime el largo capítulo siguiente.